

La certeza de Su venida

Reafirmando la esperanza en el nuevo milenio

por Jan Paulsen

Estamos entrando en un nuevo milenio. Casi dos mil años han pasado desde que Jesús dijo: *“Creed... en Mí. ... Voy a prepararos lugar. Y, cuando Yo vaya y os prepare lugar, volveré y os recibiré para Mí mismo, para que, donde Yo estoy, estéis vosotros también”* (vea **Juan 14:1-3**). Y por dos mil años los creyentes confiaron y continúan confiando en Él. Ellos conocen las promesas y saben que Aquel que los creó es digno de confianza. Entienden también que la **Segunda Venida** señalará el inicio de la etapa final por la cual Dios restaurará Su proyecto original de perfecta armonía en el Universo que creó.

Pero el paso del tiempo lleva al creyente a formular la pregunta natural: **¿Por qué tarda tanto?**

Los *burladores* rodean a los creyentes, desafiando su fe, procurando convencerlos de que todo no es más que una ilusión. Despectivamente, desprecian la esperanza de los creyentes y preguntan: *“¿Dónde está la promesa de Su venida? Porque desde que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como desde el principio de la creación”* (**2 Pedro 3:4**).

De estos burladores, Pedro dice que ellos *“deliberadamente olvidan”* (verso 5). Esto sugiere que su "olvido" es más serio que un simple lapso momentáneo de concentración; es una **elección** que ellos hacen. Pero, dice Pedro a los creyentes, *“no debéis olvidar: ... El Señor no retarda Su promesa..., no queriendo que ninguno perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento”* (vea los versos 8 y 9).

Los pilares de la fe

No existía absolutamente ninguna duda entre la primera generación de creyentes de que Jesús volvería, y que la Historia se estaba dirigiendo a su clímax. También es muy claro que no se puede ser un creyente en la tradición de la primera iglesia sin creer también que Jesucristo volverá. El propio evangelio sería **incompleto** sin la primera y la segunda venida de Cristo (vea *Parábolas de Jesús*, págs. 227 y 228). La convicción de que Cristo volvería moldeaba la vida, los principios y las elecciones de los primeros creyentes, como debe suceder con los nuestros. El apóstol escribió: *“[Esta realidad] nos enseña a renunciar a la impiedad y a las pasiones mundanas y a vivir de manera sensata, justa y piadosa..., mientras aguardamos la bendita esperanza: la gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo”* (**Tito 2:12 y 13, NVI**).

En los mensajes inspirados de Dios y en la antigua tradición cristiana, la pregunta no es si Jesús volverá, sino **cómo prepararse para ella** y cómo vivir con un claro sentido de **certeza**, de **urgencia** y de **prontitud**. El simbolismo del *“ladrón de noche”*, usado para describir la segunda venida de nuestro Señor (**1 Tesalonicenses 5:2-4; 2 Pedro 3:10;**

Mateo 24:42-44) revela que habrá un elemento de **sorpresa** asociado al **Advento**, sea cuando sea que acontezca. En la parábola de las diez vírgenes que estaban aguardando la llegada del novio (**Mateo 25**), Jesús enseñó tanto sobre lo inesperado de Su venida como el estado mental que debe caracterizar a aquellos que viven en la expectativa de aquel evento. Somos orientados a *estar despiertos. A permanecer alerta. Y a vivir con orden y sobriedad* (**1 Pedro 4:7; 5:8; 2 Pedro 3:17**).

¿Por qué Él espera?

Para muchos, esto no es fácil. La vida suele ser muy traicionera. A veces podemos sentirnos muy solos, y todo puede parecer más de lo que podemos soportar. Esto me hace recordar la oración del viejo pescador: *“Querido Señor, sé bueno conmigo; el mar es tan grande y mi barco es tan pequeño”*.

Entonces, existen los dolores que sentimos en nuestro cuerpo enfermo y en nuestro corazón herido, y preguntamos, quizás con alguna ansiedad: *“¿Cuánto tiempo más, Señor? ¿Qué más debe suceder?”*

Dice el Señor: *“No va a tardar. Pero voy a darte algunas señales en el camino, para ayudarte a recordarte Mis promesas y asegurarte que la hora está próxima”* (vea **Lucas 21:9-11; 2 Timoteo 3:1-4**).

Jesús dijo que no sabemos el día ni la hora de Su venida. ¿Será que Él está simplemente esperando para probar nuestra resistencia, para ver quién va a permanecer fiel, quién va a continuar despierto y quién va a dormitar, quién va a descalificarse por el camino, dando señales de no estar a la altura? Bajo la tensión de preguntas no respondidas (con las cuales a veces nos atormentamos), y por causa de la aparente demora, la mente humana puede jugarnos malas pasadas, y podemos, por un momento, albergar esas preguntas en nuestra mente.

Pero, ¿una **actitud** así sería compatible con el Dios de amor que llegamos a conocer? No lo creo. Un cuadro como ese sería una caricatura injusta y siniestra de Dios. La primera preocupación de Dios es **salvar a tantos como Él pueda**. Aquel que amó tanto el mundo que dio a Su único Hijo para que nadie perezca es *“paciente con ustedes”*, deseando *“que todos lleguen al arrepentimiento”* (**2 Pedro 3:9**, NVI). Esta es Su gran preocupación; y el paso del tiempo debe ser entendido dentro de ese contexto.

Aun así, la pregunta continúa: **¿Por qué tanta demora?** Vemos sufrimientos; los relatos y las imágenes de la televisión no salen de nuestra mente; y tenemos nuestras propias dolorosas experiencias personales. Vemos guerras y todos los desastres naturales posibles; es como si toda la creación entera clamara: *“¡Basta! ¡Basta!”* ¿No es eso lo que sucede?

Aun mientras meditamos en estas preguntas difíciles y dolorosas, debemos recordarnos que, con nuestras **limitaciones humanas**, nuestra **comprensión es bastante restringida**. Vemos apenas los trazos de los diseños de Dios, como *“por un espejo, oscuramente”* (**1 Corintios 13:12**). Y razones que son claras para Él son un misterio para nosotros. Entonces,

Jesús dijo: “No les compete a ustedes saber los tiempos o las fechas que el Padre ha establecido bajo Su propia autoridad” (**Hechos 1:7**, NVI). La decisión sobre cuándo llegó la hora, en última instancia, recae en la **soberanía de Dios**. No nos es dado saber con certeza el cuándo. Todo lo que podemos saber con certeza es que **ella vendrá**. Y esta certeza crea una urgencia que sustenta a cada generación de creyentes, llevándolos a hacer las elecciones correctas en cuanto a principios, prioridades y dedicación.

Conclusiones equivocadas

Cuando contemplamos las promesas del Señor, el fuego que arde en nosotros es un deseo de que Él venga pronto. De vez en cuando, nos preguntamos sincera y seriamente: ¿Puedo hacer algo para apresurar este acontecimiento? ¿O estoy siendo un estorbo para su realización? ¿Qué puedo hacer?

En busca de respuestas a estas preguntas, podemos volvernos muy **introspectivos**. Esto puede llevarnos a dar respuestas que, aunque contengan algunas verdades, pueden no ser útiles para nuestra jornada espiritual. Algunos pueden inclinarse a mirar principalmente sus propias **negligencias espirituales**: sus prioridades no están correctas. No están obteniendo suficientes victorias.

No se consideran suficientemente buenos (¿alguien lo es?). Pueden concluir que la razón de la demora es que no están personalmente preparados. Es verdad que el **espíritu indiferente de Laodicea** y el **espíritu rebelde de Cades-Barnea** aún son dominantes entre el pueblo de Dios. Y estamos conscientes de las palabras de la pluma inspirada de que “es la incredulidad, el mundanalismo, la falta de consagración y la contienda entre el profeso pueblo del Señor lo que nos ha mantenido en este mundo de pecado y dolor por tantos años” – *Mensajes Escogidos*, vol. 1, pág. 69. Al mirar a nuestra iglesia y a nosotros mismos, reconocemos claramente que no nos acercamos al modelo que Cristo tiene en mente para nosotros como una comunidad “sin mancha ni arruga,... sino santa y sin defecto” (**Efesios 5:27**). Y tenemos que confesar que no estamos viviendo el tipo de “vida devota y dedicada” (**2 Pedro 3:11**, NEB) que Cristo espera de los creyentes que aguardan ansiosamente Su venida. Muchos que “profesan tener el aceite de la gracia en sus vasijas y en sus lámparas no se han convertido en luces brillantes y ardientes en el mundo” – Ellen G. White, *Maranata – Meditaciones Matinales*, 1977, pág. 53.

Sí, estas realidades no pueden ser negadas. Con demasiada frecuencia, la iglesia deja de ser lo que el Señor espera que Su pueblo sea. Fallamos en el amor y fallamos en el servicio. Y, la mayor parte del tiempo, lo sabemos. ¡Ciertamente hay algo que podemos hacer!

Pero mientras es correcto y apropiado examinar cuidadosamente nuestra vida y procurar seriamente **resolver nuestra propia situación**, no es correcto (como a veces sucede) que, al lamentar nuestras negligencias personales, encontremos ocasión para comenzar a examinarnos unos a otros, señalando y corrigiendo faltas percibidas en la vida de otras personas. Cuando esto sucede, el clima espiritual de la iglesia se enfría. La comunidad de la iglesia deprimida se convierte en un lugar sin atractivos, y las personas pierden el cariño y el amor. Ninguno de nosotros es tan bueno o está en tan buena posición que tenga el derecho

de ser el **juez espiritual** de sus compañeros de viaje. Las faltas espirituales son personales y generalmente son mejor tratadas de forma personal.

El tiempo correcto de Dios

Dijimos hace poco que la decisión final sobre la hora de la vuelta del Señor está escondida en la **soberanía de Dios**. Es una decisión que Él reservó para Sí mismo. Pero Dios dio a la humanidad alguna percepción de las metas y objetivos que Él está procurando alcanzar antes de venir. Ellos pueden servir de indicadores para nosotros.

Primero. Pedro nos recuerda que *“el Señor no tarda en cumplir Su promesa, como algunos lo entienden. Al contrario, Él es paciente con ustedes, no queriendo que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento”* (**2 Pedro 3:9**, NVI). El deseo de Dios es **salvar a tantos como le sea posible**. A este respecto, Su trabajo aún no ha terminado. El mensaje de Jesús es que el fin no vendrá hasta que el evangelio de salvación sea presentado *“para testimonio a todas las naciones”* (**Mateo 24:14**). Aunque la **realización de esta meta** no sea medida con facilidad, ella destaca la maravillosa verdad de que nuestro Salvador no va a cerrar la puerta antes de tiempo. Habrá amigos y familiares que no estarán en el Cielo. Pero, en la eternidad, nadie tendrá motivos para decir a Jesús: *“¿No podías haber tardado un poco más? ¿No podías haberlo intentado un poco más?”* Nuestro Salvador habrá hecho todo lo que podría ser hecho, y no volverá hasta que eso sea hecho. Esta es la forma en que Su **misión de amor y de redención** Lo impulsa.

Obviamente, sin embargo, llegará el momento en que Él tendrá que decir: *“Hicimos todo lo que podía hacerse. Vamos ahora a cerrar este capítulo doloroso de la historia humana”*. Pero el tiempo de esa decisión está escondido en la **sabiduría soberana de Dios**. Solo el Dios de toda sabiduría puede medir la profundidad y la extensión a que Su oferta de salvación en Jesús fue comunicada a todos. Cuando nos recordamos del **compromiso de Dios para la salvación** de hombres y mujeres, el transcurso del tiempo se convierte en un elemento de **certeza**, en lugar de amenaza. Esta posible espera es por razones muy buenas. *“Tengan en mente que la paciencia de nuestro Señor significa salvación”* (**2 Pedro 3:15**). Queremos que Él venga pronto. Pero, al mirar a nuestro alrededor y ver rostros y nombres frente a nosotros, seremos dolorosamente perturbados por la ausencia de alguien que esperamos que esté allí. ¿Quizás Él deba esperar un momento más? El Señor conoce nuestra agonía.

Segundo. En nuestra búsqueda de respuestas a nuestras preguntas, aceptamos que, por más difícil que sea entender completamente, existen razones para que Dios permita que la **rebelión** siga su curso. Cuando regrese, Jesucristo vendrá como el **victorioso** que no será desafiado otra vez, porque dio la respuesta final y completa a los desafíos de Satanás. Nada será dejado sin resolver. No será necesaria ninguna respuesta adicional al problema del pecado. El padre de la rebelión, que introdujo el pecado en el corazón y en la vida de nuestros primeros padres (**Génesis 3**), sugiriéndoles que Dios no era tan verdadero así, y que Sus motivos eran sospechosos, habrá perdido toda credibilidad. Él habrá tenido tiempo y espacio para demostrar plenamente las consecuencias de la rebelión por medio de guerra, sufrimiento, explotación, privación, enfermedad y muerte. La rebelión contra Dios nunca

más será una opción atractiva. Habrá sido totalmente **desacreditada**, su atracción se deshará para siempre. La historia del pecado permanecerá como la más convincente testigo contra él mismo.

Es allí donde está nuestra **garantía única en la eternidad**. *“Todas las cuestiones sobre la verdad y el error en el prolongado conflicto han sido ahora aclaradas. ... Las propias obras de Satanás lo han condenado”* – *El Gran Conflicto*, pág. 670.

El curso de la rebelión contra Dios está bien avanzado en su proceso de descrédito. Aun así, solo Dios sabe cuándo llegará el tiempo.

Es claro, entonces, que en la **respuesta final e infinita de Dios** para el problema del pecado existen asuntos para ser considerados que son más amplios y mayores que mi salvación personal. Es claro que para nosotros, individualmente, el asunto de la salvación personal es de suma importancia. Pero para el cuadro mayor, esto es, para la **seguridad eterna de la nueva creación** y de sus habitantes, Dios habrá dado también una respuesta de largo alcance que atañe a las raíces, así como a las consecuencias de la rebelión.

Sin la vuelta de Cristo, la controversia entre el bien y el mal no puede ser terminada. Sin Su retorno, el designio de Dios tanto para la creación como para la salvación no puede ser percibido. Sin Su **segunda venida**, todas Sus promesas dejarán de cumplirse. No existe futuro sin el segundo advenimiento; la **redención** no puede ser completada. Así, el consejo: *“El Señor pronto vendrá. Hablad de ello, orad por ello, creedlo. Hacedlo una parte de vuestra vida”* – *Testimonios para la Iglesia*, vol. 7, pág. 237. *“Edén restaurado”* (*El Gran Conflicto*, pág. 648) significa el cierre del círculo; Dios devolverá la creación a Su propósito original. Su vuelta significa el fin del sufrimiento. Su vuelta significa que me encontraré nuevamente con los familiares que puso en descanso. Su vuelta significa que el poder del pecado, que arruinó la vida de tantos, será roto. Todo dolor terminará. Nada de esto puede suceder sin Su vuelta.

¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

No sabemos. Él nos orientó a ser sobrios, vigilar y orar, y *observar la “higera”*, ser sensibles a los signos de los tiempos.

No puedo ser un creyente sin aceptar la **certeza de la Segunda Venida**. Si no hay lugar para esa realidad en mis planes, mi “fe” se apoya en algo que no es la Palabra de Dios. Para el mundo, la Segunda Venida de Cristo son *“malas noticias”*; pero, para el creyente, ella es el momento de **máxima alegría**.

Preguntas para debate:

1. ¿Cómo debemos reflexionar sobre la aparente demora del **adviento**, como comunidad y como individuos?
2. ¿Cómo la “demora” está afectando tu testimonio y tu misión?
3. ¿Por qué debes esperar ansiosamente la Segunda Venida? ¿Consideras correcto o incorrecto tener tus propias razones personales para querer la vuelta de Jesús?

Jan Paulsen fue presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.